

Resumen de “Blanco permanente”

Los viajes en las historias siempre parecen maravillosos. Ya sea leyendo las crónicas de un aventurero o escuchando a los adultos hablar sobre tomarse unas vacaciones. También es cierto que ‘comparado a vivir encerrado en una habitación’ todo sonaba más divertido.

El corazón parecía estar a punto de salirse por la boca. K era un chico de 14 años que no estaba en muy buena forma, de complexión delgada, bastante alto para su edad y piel clara que brillaba como el reflejo de la luz en el agua que contrastaba vivamente con su sudadera roja a rayas naranjas y unos pantalones vaqueros negros.

En esos momentos, solo podía correr hacia delante sin pensar, o siquiera mirar, por donde iba; debido a esto no es de extrañar que K se tropezase con una imperfección en el camino, el típico desnivel que, de estar atento, no supondría un problema, pero al ir con tanta prisa y sin cuidado, el suelo traicionero hizo que se resbalara y el pie se le doblara llevándose al suelo como si alguien hubiese pulsado un interruptor.

Fue un golpe bastante seco, tardó unos segundos en darse cuenta de qué había pasado. Al principio pensó lo peor: quizá se habían dado cuenta, ya le habían alcanzado, ese era el fin de su aventura. Pero no, no fue nada más que un tropiezo.

El muchacho suspiró. A medida que el aire abandonaba sus pulmones, también lo hacía la tensión. Eso le pasaba por ir sin cuidado, pensó. Aprovechando que ya estaba en el suelo, parado, se puso a quitarse la arenilla de las manos y las rodillas, comprobando que los cordones de sus zapatos estaban bien atados. Por suerte, no se clavó ninguna piedrecilla, por desgracia, tampoco había piedras interesantes allí.

Tenía que prestar atención al camino si no quería más sustos como esos. Cuando por fin se puso de pie, ya más relajado y decidido a continuar el camino, se dio cuenta de que no estaba solo.

A menos de dos metros, sobre una roca, al lado del camino, había un zorro que le estaba observando. Como todo en esa zona, tenía un color rojizo bastante intenso, en la oscuridad no podía adivinar mucho más excepto que las puntas de sus orejas, cola y patas eran un poco más blanquecinas, el niño pensó que parecía que llevara calcetines.

K no sabía si los zorros podían juzgar a la gente, pero le daba la sensación de que ese en concreto lo estaba haciendo. Parecía preocupado, ni siquiera se estaba ocultando o mirándole con cautela. Simplemente estaba ahí, observándolo de frente como si esperase algo. Y entonces se va, simplemente baja de la piedra, dándose la vuelta y echó a correr.

— ¡Ey, no! ¡Espera!

K llama al animal, después de mirarle de esa manera no podía simplemente irse, no podía dejarle así. ¿Por qué le estaba mirando? ¿Qué hacía allí? ¿Dónde se habría metido? Había tantas preguntas por responder.

Era la primera vez que veía un zorro; bueno, la primera vez que veía un zorro que no fuese de papel, realmente la primera vez que veía cualquier animal vivo en persona. Era obvio que iba a correr detrás de él. Sonaba ridículo, pero K tenía muchas preguntas para ese zorro. Tenía muchas preguntas en general, y ahora mismo ese animal era lo más cercano que tenía a una respuesta.

Lejos de las murallas del gran castillo magenta, el aire parecía más seco.

Una gran explanada de tierra agrietada e irregular se extendía hasta donde alcanzaba la vista, que no era mucho. El cielo completamente negro y despejado era el protagonista del paisaje. Apenas había árboles y alguna que otra mala hierba. Parecía un paraje desolador, K levantaba polvo a cada paso que daba, el olor de la gravilla se hacía presente junto con la sensación de sequedad en la piel.

Había perdido de vista al zorro en medio de la nada.

Y, aun así, a pesar del frío, de la soledad y de la nada, K se sentía feliz.

El chico volvió a pararse, esta vez porque así lo decide. En un solo día ya había corrido más que en toda su vida y se estaba dando cuenta de que correr no era lo suyo. Se sentó en una de las formaciones rocosas que había cerca, tenía un arbusto pequeñito y medio mustio al lado, pero la verdad es que no le importaba, solo quería un sitio donde apoyar la espalda. No se había dado cuenta de lo pesado que era el rebotar de la mochila, hasta que cesó. Una vez sentado en el suelo, dejó caer el peso de su cuerpo contra la roca, relajando las extremidades, los hombros, el cuello y la cabeza. Cerró los ojos respirando profundamente, de nuevo aspirando la esencia de la arena, el olor a plantas secas, el sabor terroso a libertad.

K metió la mano en el bolsillo, lo único que había guardado ahí porque lo demás estaba en la mochila, que había dejado a su lado. Sacó su objeto favorito, no había nada más en el mundo que le gustase más, que el cubo de resina que le había regalado su madre. No pudo evitar repasar las aristas con sus dedos, lo había cogido un poco como de costumbre, pero con cuidado, no quería volver a cortarse. Aunque estaba emocionado no pudo evitar soltar unas lágrimas por haber dejado a su madre atrás, sentía culpabilidad...

Y de repente, un sonido como de hojas moviéndose captó su atención. Era el zorro otra vez, el cual se acercó con descaro a ver qué era lo que tenía entre manos, creyendo, tal vez, que era comida. Al K enseñarle aquel cubo rojizo, el zorro hizo una mueca de desagrado y se giró, dispuesto a irse otra vez, pero K, viendo las intenciones del zorro, se adelantó y sacó de su mochila la bolsa de cereales triangulares que se había guardado antes de saltar por la ventana y se los ofreció.

El zorro los olisqueó un poco antes de comerse el montoncito que le había puesto K en el suelo. K, todavía un poco triste, miró comer al zorro muy ilusionado. Quería quedarse un rato más hablando con el zorro, porque tenía muchas preguntas, pero se le entrecerraron los ojos, así que sacó una manta de su mochila y se recostó, apoyando la cabeza en el arbusto mustio. El zorro, visto que K se disponía a dormir, se subió a su tripa para acomodarse.

Esa noche soñó que podía tocar las nubes.

A la mañana siguiente, K emprendió otra vez su camino en busca de otros pueblos, otras ciudades en las que pudiese conocer más cosas del mundo. El zorro ya no estaba, seguramente se habría marchado a su casa. No más de unos segundos después de ese pensamiento, K oye unos pasitos detrás de él. El zorro apareció con lo que parecía un rollo de pan muy fino medio mordisqueado, con trozos de verduras y otras cosas que no identificaba por dentro. El animal tocó la pierna de K con su pata delantera y se lo dejó delante, luego se sentó y miró a K de forma intensa, esperando a que lo cogiera.

K sonriente, se agachó a por el rollito y, con un poco de asco, mordió el rollo de pan babeado. Era probablemente de las cosas más buenas que había probado en su vida, era blando y crujiente al mismo tiempo y tenía mucha salsa, la cual se salía por debajo cada vez que le daba un mordisco. El zorro satisfecho, se levantó y se puso a andar hacia lo que parecía un conjunto de montañas naranjas. K, procurando que no se le

desmontara la comida, siguió al zorro hacía lo que parecía ser la próxima parada en su viaje.

La montaña no estaba muy lejos de donde estaban antes, así que no tardaron mucho en llegar, aunque cada vez era más difícil andar, debido a que cada vez había más y más arena. Empezaba a oler a ¿comida? Debería de haber gente cerca, pensó K emocionado. Por suerte, no tuvieron que rodear ninguna montaña, debido a que justo en la ladera de la primera había una ciudad. Cuando empezaron a distinguir las casas, el zorro salió disparado.

— Ey, pero espérame.

El zorro se paró en frente de una casa muy extraña que tenía una mesa en mitad de la calle, llena de rollitos como el que la había traído el zorro, además de más tipos de comidas. La casa no parecía tener paredes, pero sí un techo sustentado por varios palos. Justo detrás de la mesa había un señor de espaldas, que viste unos pantalones cortos y un gorrito naranja oscuro y una camiseta rosa a lunares naranjas.

— Vámonos, zorro, que estamos interrumpiendo una comida familiar.

El señor al oír eso, se gira.

— JAJAJA, que gracioso, chico. Vaya, zorro, veo que tienes un amigo nuevo muy gracioso.

— AH, ¿entonces toda esta comida es para usted?

— JAJAJAJA, no, chico, esta comida es para quién la pague, pero por ser tan gracioso, a la primera invito yo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

— K, señor.

— Encantado K, yo soy Napo Les, el mejor cocinero de toda la región naranja.

El señor, cuyo bigote en forma de oruga resultaba muy gracioso, le dio un rollito y le lanzó otro al zorro, el cual lo atrapó con la boca. Esta vez, el rollito no parecía tan crujiente, y estaba caliente. K sin entender muy bien lo que acaba de pasar, lo coge y se lo agradece.

— Muchas gracias, señor.

— No dudes en volver si tienes hambre, los amigos del zorro son mis amigos.

K, mientras comía y paseaba por las calles junto al zorro, se topó con un montón de casitas sin paredes, parecidas a las del señor de antes. Algunas vendían comida, otras vendían libros, incluso había tiendecitas de juguetes de madera. Había literalmente todo lo que pudiese imaginar. K justo en ese momento, pasó al lado de una tiendecita de piedras bonitas.

— ¡Hala! Qué bonita, ¿me la puedo quedar?

— Sí, serán 6 gutas por favor.

— No tengo de eso, pero te puedo dar esta otra piedra.

— A ver, déjamela.

La señora cogió la piedra y la miró con su lupa binocular dorada.

— No, lo siento, no te la puedo aceptar. Pero si de verdad la quieres me puedes hacer un pequeño favor. Tienes que darle al caballero que está detrás de la barra de aquella tiendecita esta carta.

En ese momento el zorro levantó el hocico y miró de forma sospechosa a la señora. Mientras tanto, K se estaba planteando si realmente quería esa piedra con tanta fuerza, pero no pudo evitar pensar en su madre y en cuánto le hubiera gustado tenerla.

Y, de todos modos, el hombre no estaba tan lejos. Así que terminó aceptando el encargo.

— ¡Vale! Vamos zorro.

K cogió el sobre y se dirigió a la tiendecita que hay justo enfrente. Una vez dentro, se sentó en uno de los taburetes colocados delante de la barra y se dispuso a darle la carta al camarero.

— Oiga, señor, la mujer de la tienda de piedras me ha pedido que le dé esta carta.

Un hombre que estaba sentado en una de las mesas junto a un grupo de gente se levantó y se apoyó en la barra al lado de K.

— ¿Cómo has dicho muchacho? ¿De qué señora hablas?

— De la señora que vende piedras ahí en frente.

— Ajá, justo lo que pensaba. Muchachos, cogedlo, tenemos entre manos a un aliado del enemigo.

Asustado, sujeto de pies y manos, K entendió, por la conversación de sus capturadores, que la carta que le había dado esa señora tenía algo malo dentro.

— Teníamos las sospechas de que pretendía hacer algún tipo de atentado contra nosotros, y por lo que veo...

Olió la carta que K tenía entre manos.

— ...estábamos en lo cierto.

— No sé quién es, o a qué te refieres —con la voz temblorosa y la mirada confusa, K trató de probar su inocencia.

— Esta carta contiene plomo, el veneno más tóxico de la región. Lo tocas y izas! Directo al barrio de los acostados.

— Pero yo no lo sabía, solo quería esa piedra...

Sus captores no parecían estar por la labor de escucharle y, embriagados por el alcohol, discutían entre ellos la mejor manera de “sacarle información”, eso, los que no gritaban que era mejor “acabar con la amenaza directamente”.

Después de veinte minutos de debate, cada vez más caldeado, el señor Napo apartó, con dificultad, las telas de la entrada y se abrió paso entre las telas y el caos con urgencia.

— ¡Soltad a ese chico!

— Pero jefe.

— ¡“Pero” nada! Soltadlo ahora mismo, está conmigo.

El grupo de hombres lo soltó.

— Oye chico, ¿estás bien? ¿Quieres tomar algo? Me ha avisado el zorro de que viniese.

— La verdad es que sigo un poco asustado, pero gracias.

K intentó sonreírle como buenamente pudo.

— Jefe ¿qué hacemos con esta carta?

- No os preocupéis, luego nos encargamos de la señorita Hansa, debe de pensar que ya ha acabado con nosotros, la victoria es prácticamente nuestra. Y itodo gracias a ti! ¡A brindar por el chico!

El señor Napo rodea con el brazo a K y lo acerca hacia la mesa donde está el resto del grupo.

- Bueno K, estos son Eliana, Cándido, Carina, Dámaso, Seis y el canario —señaló al pájarito que se limpiaba las plumas en los hombros de Seis— es Achís.
- ¿Achís?
- Sí, es que a Cándido le da alergia.

El resto de la tarde la pasaron entre comida y bebida, riendo y contando batallitas, que a K le parecieron cada cual más fascinante que la anterior.

- ...y así es como Eliana ganó a Dámaso en el concurso de levantar barriles que celebran al sur de la Cordillera Oxidada.

Todos rieron, excepto Dámaso, que se cruzó de brazos con las mejillas sonrosadas.

- Y bueno, K, ¿tú qué haces aquí?
- Pues yo me he escapado del Castillo Magenta, luego conocí a zorro y ahora estoy aquí. Pero...

K sacó de su mochila una postal que cogió de la caja de zapatos que escondía su madre en el armario, y la puso sobre la mesa.

- ...Me gustaría ir aquí.

El grupo se quedó observando la postal durante unos minutos antes de que Cándido la cogiera y dijera:

- Eso es el Valle de Miku.
- ¿Y eso dónde está?
- Un poco más allá de la frontera de la república amarilla.
- ¿Y cómo se va hasta allí?
- Pues, estamos bastante lejos aún, pero supongo que, por cómo sopla el viento, en un par de días llegaremos a la ladera del monte lima, que está casi al lado.
- ¡Genial! Pero ¿cómo llegaremos hasta allí?
- Eso es fácil, las dunas se desplazan con el viento, un día la ciudad está aquí y otro día allí.
- Oh, claro, me parece lógico.
- ¿Y dónde te vas a quedar estos días?
- Pues no lo tenía pensado, la verdad, supongo que ya encontraré algún sitio, llevo mantas. Ayer dormí en un arbusto y casi no me duele la espalda.
- ¡Tonterías! Te puedes quedar en la parte de atrás de la tienda el tiempo que necesites. Eso sí, ¡puede que después de dormir en la despensa acabes oliendo a hierbas!
- ¿De verdad? Pues muchas gracias.

A la mañana siguiente K se despierta... me imagino una escena de K levantándose con su pijama y yendo a la barra de la tetería a que le sirvan un vaso de leche, para ponerse sus cereales triangulares. Se siente mal, piensa en su madre, pero es un chico fuerte y puede con todo.

En algún momento aparece Cándido estornudando junto con Seis, el cual tiene un parche y se pide ron. Pero le dan un vaso de leche porque todavía no puede tomar alcohol (además de que el 'ron' como bebida no existe, pero le siguen el juego) así que le sirven leche en un vaso que pone ron.

K en algún momento tiene una pesadilla, donde se cuentan por encima diferentes escenas del castillo, para más adelante describir la escena entera.

En algún momento Napo y Eliana llevan a K de compras porque consideran que viste mal. Debo añadir que ambos son muy presumidos y hacen a K cambiarse muchas veces de ropa porque no se aclaran.

Hay una escena donde K y Napo están en el médico porque Seis se ha chocado contra un mueble por llevar el parche puesto. Napo, mientras esperan, le da a K un regalo de bienvenida, una brújula.

En algún momento es el cumple de Cándido y le hacen una fiesta donde su hermana lo decora todo con pegatinas, incluidos Cándido y los invitados; Dámaso le regala un animal de papiroflexia y Seis (el cual tiene una escayola en el brazo, una tiritita en la mejilla y un barco chungo de papel en la cabeza a modo de sombrero pirata) le regala un barco chungo de papel igual que el suyo.

Pasaron los días y las dunas llegaron a la montaña lima.

